

Director Riccardo Cascioli

HECHOS PARA LA VERDAD

BRASIL

Comienza el circo del clima, aunque el alarmismo es cada vez menos creíble

CREACIÓN

06_11_2025



Riccardo
Cascioli



El habitual circo invernal de la Conferencia sobre el clima, un concentrado de alarmas catastrofistas y soluciones descabelladas, se inaugura hoy en Belém, Brasil, con la cumbre de jefes de Estado y acapará la atención durante dos semanas aunque durará

dos días. Pero este año hay una novedad importante: antes de la conferencia, entre los diversos estudios que siembran el miedo para preparar el terreno (nunca mejor dicho), ha aparecido también un largo artículo del filántropo multimillonario Bill Gates que suena como una contraorden: el mundo no va a acabar por culpa del clima y es mejor invertir en la lucha contra la pobreza. Éste es el *quid* de su discurso, del que, por cierto, ya hemos dado cuenta.

Aunque estaba dirigido propiamente a los participantes en la COP 30 (Trigésima Conferencia de las Partes, es decir, de los 198 países que han ratificado la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, CMNUCC), será muy difícil que el mensaje de Bill Gates sea recibido de inmediato. Basta pensar que el secretario general de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, en una entrevista al diario británico *The Guardian*, para dar sentido a la COP 30, ha afirmado la semana pasada que “hemos fracasado en el objetivo de no superar el aumento de 1,5 °C de la temperatura en los próximos años y esto tendrá consecuencias devastadoras (...). Es absolutamente indispensable cambiar de rumbo para limitar al máximo este exceso y evitar otros puntos de no retorno, como podría ser la Amazonia. (...) Debemos lograr una reducción drástica de las emisiones lo antes posible”.

Pero detrás de las declaraciones maximalistas y los escenarios catastróficos que se pintan, la realidad se cierne sobre nosotros, y el cambio de Bill Gates constituye una primera brecha en el muro de la ideología ecologista que está destinada a provocar pronto otros derrumbes. También porque en estos años Gates ha sido uno de los principales financiadores de la causa del cambio climático: se calcula que ha invertido algo menos de 8.000 millones de dólares de su patrimonio personal, además de 1.500 millones de la Fundación Bill y Melinda Gates, en gran parte para apoyar la transición energética y el resto para el desarrollo de tecnologías con cero emisiones.

Sin embargo, no hay que entusiasmarse demasiado con esta “conversión” de Bill Gates. Por dos razones: en primer lugar, porque aunque su mensaje —basta de catastrofismo y prioridad al desarrollo— es positivo, el fundador de Microsoft aún está lejos de decir toda la verdad; y, en segundo lugar, porque afirma cosas de sentido común con varias décadas de retraso (el que aquí escribe publicó la primera denuncia de la ideología ecologista y del cambio climático en 2004, hace 21 años llamado “Las mentiras de los ambientalistas”, *Le bugie degli ambientalisti*, editorial Piemme), lo que deja una duda fundada de que se trate de un beneficio político y económico.

En cuanto al primer aspecto, Bill Gates renuncia al catastrofismo, pero no renuncia a considerar el cambio climático como un problema grave para el que hay que

encontrar soluciones. Sin embargo, el hecho de que el clima esté en continuo cambio no es un problema nuevo, es la naturaleza, siempre ha sido así desde antes de que el hombre apareciera en la faz de la tierra. Y no hay pruebas de un aumento reciente de los fenómenos meteorológicos extremos, que también han existido siempre. Por ejemplo algunos —como los huracanes— con ritmos cíclicos. El verdadero problema es (y aquí Gates lo reconoce al menos en parte) y siempre ha sido, el subdesarrollo.

Porque solo las civilizaciones desarrolladas son capaces de defenderse

eficazmente de los fenómenos meteorológicos, así como de los terremotos y las enfermedades. No era necesario esperar a ver cómo el huracán Melissa azotaba estos días las costas de Jamaica, Cuba y Haití, causando 49 muertos y enormes destrozos, para darse cuenta de que el impacto habría sido mucho más limitado en las costas estadounidenses, donde los sistemas de alarma, las infraestructuras y la estructura de las viviendas permiten una mayor seguridad a los ciudadanos. Siempre ha sido así.

Afirmar, por tanto, que es más sensato centrarse en mejorar las condiciones de vida que en reducir las emisiones de dióxido de carbono es una constatación tan trivial como afirmar que, en caso de tormenta, es mejor equiparse con un paraguas que invertir todos los ahorros en tecnologías abstrusas para impedir que llueva. Sin embargo, durante todos estos años, quienes se han atrevido a afirmar estos simples datos de la realidad han sido marginados, insultados, tachados de “negacionistas”, etc. (una película que se repitió con la emergencia del Covid).

Sin embargo, Gates, en su escrito, al seguir considerando el cambio climático un problema grave, sigue defendiendo la necesidad de una transición energética lo más rápida posible, olvidando que es precisamente la demonización de los combustibles fósiles lo que está creando un obstáculo para el desarrollo de los países pobres y provocando la crisis económica de los países europeos. La verdad es que no puede haber desarrollo sin abundancia de energía a bajo coste, mientras que la transición energética tal y como se concibe hoy en día está produciendo, en proporción, una disminución de la energía disponible y unos costes cada vez más elevados.

Dadas las enormes inversiones de Bill Gates en proyectos de energías

renovables, se puede entender por qué insiste en la transición energética, pero al mismo tiempo afirma ahora que es un error centrarse únicamente en las emisiones de dióxido de carbono. En cambio, hay que apostar por el desarrollo de la tecnología, dice.

Y aquí entramos en el segundo punto a destacar. La filantropía de Bill Gates, al igual que la de otros multimillonarios estadounidenses, siempre sigue intereses y

proyectos sociales. Por lo tanto, el juicio sobre la realidad siempre está filtrado por esos intereses y proyectos, por lo que ciertas realidades evidentes se “perciben” después de décadas.

Por esta razón, por ejemplo, Richard Lindzen, eminente físico atmosférico muy crítico con el catastrofismo climático, cree que Gates ha cambiado de opinión por intereses muy concretos: “Si Microsoft quiere seguir desarrollando la inteligencia artificial (IA), necesitará una enorme cantidad de energía, lo que significa que la agenda climática destruiría a Microsoft. Por eso se ha vuelto más prudente”.

La hipótesis de Lindzen se basa en elementos muy concretos. De hecho, la IA es una industria que consume mucha energía, con un consumo en rápido crecimiento, hasta el punto de que las estimaciones prevén que en 2030 los centros que recopilan datos de IA podrían llegar a consumir hasta el 20% de toda la energía eléctrica mundial. Y el 25% del capital personal de Bill Gates está invertido en acciones de Microsoft, una empresa que necesita esa energía de forma vital.

Esto no excluye que pueda haber otras motivaciones en el cambio de Gates, que sigue siendo bienvenido. Sin embargo, lo cierto es que conviene aprender la lección: las políticas globales siguen los intereses de las élites capaces de influir en los gobiernos, los medios de comunicación y la opinión pública, y no es a estos gurús a quienes debemos mirar para comprender la realidad en la que vivimos.